

María en el Nuevo Testamento en San Juan

Nos fijaremos en el Evangelio de San Juan, de donde entresacamos notas sobre María.

CANÁ

También nosotros hemos sido invitados a Caná. Ahora es el evangelista Juan quien nos da otros rasgos de María. No olvidemos que Juan es el evangelista teólogo, nos hace ver con mirada de águila el significado que la fe descubre en la historia. Por eso, sus narraciones encierran un profundo sentido teológico.

Juan narra dos escenas, donde María es protagonista junto a su Hijo: En las bodas de Caná (cap, 2, 1-11) y junto a la Cruz en el Gólgota (cap. 19, 25-27).

Tomemos también asiento en esa boda en la que fue invitada María, y con ella, Cristo y los apóstoles.

María está presente en Caná de Galilea como Madre de Jesús, y de modo significativo contribuye - dice el Papa en la encíclica "La Madre del Redentor" n. 21- a aquel comienzo de las señales que revelan el poder mesiánico de su Hijo.

¿Qué pasó en la boda? En un momento de la misma se acaba el vino. María, con delicado sentido femenino, percibe la situación de aflicción e interviene. Nuevamente -como en la visitación- muestra su vocación de servicio, es solidaria con sus semejantes comprometiéndose con sus necesidades concretas. Su amor es activo y efectivo.

Se dirige entonces a Jesús, haciendo notar la carencia y pidiéndole una solución.

A los ojos de un simple lector, la respuesta de Jesús a su Madre parece dura: "Mujer, ¿qué tengo yo contigo?". Pero el desarrollo posterior de la escena prueba la ausencia de rechazo, reproche, o ruptura de Jesús con su madre.

María ordena a los sirvientes: "Haced lo que Él os diga". María cree en el poder de su Hijo y confía en ser atendida.

Aquí vemos dos rasgos más de María: María, la Virgen confiada y la Virgen intercesora y mediadora.

María no hace el milagro, pero lo provoca, con su influencia moral y con su intercesión.

"Haced lo que El os diga" son las últimas palabras de María conservadas en el Evangelio. Más que a los sirvientes de la boda, son palabras dirigidas a los hombres de todos los tiempos. Contienen todo el anhelo, la vivencia y la misión de María: conducirnos a la identificación con Cristo. Estas palabras de María concuerdan con la voz del Padre en el Tabor: "Este es mi Hijo... escuchadle" (Mt. 17,5).

Jesús atiende efectivamente el pedido de María y transforma el agua en vino abundante y bueno. Con ello se supera la situación de apuro y se asegura de alegría de la fiesta.

Pero el suceso de Caná posee un significado más profundo y trascendente.

1. La nueva dimensión de la maternidad de María: ya no sólo será la Madre de Cristo, sino nuestra madre, y será en Caná donde manifiesta la solicitud por los hombres, ese ir a nuestro encuentro en toda la gama de nuestras necesidades. En Caná - dirá el Papa- se muestra sólo un aspecto concreto de la indigencia humana, aparentemente pequeño y de poca importancia ("No tienen vino"). Pero esto tiene un valor simbólico. El ir al encuentro de las necesidades del hombre significa, al mismo tiempo, que con María se da una Mediación: María se pone entre su Hijo y los hombres ante sus privaciones, indigencias y sufrimientos. "Se pone en medio, o sea hace de mediadora no como una persona extraña, sino en su papel de madre, consiente de que como tal puede -más bien "tiene el derecho de" -hacer presente al Hijo las necesidades de los hombres.

Su mediación, por lo tanto, tiene un carácter de intercesión: María "intercede" por los hombres.

1. María desea también que se manifieste el poder mesiánico del Hijo, es decir, su poder salvífico encaminado a socorrer la desventura humana, a liberar al hombre del mal que bajo diversas formas y medidas pesa sobre su vida.

Por tanto, María estimula a los hombres a creer en la misión divina de su Hijo. No sólo quiere provocar la admiración, sino comprender y aceptar a su Hijo como el Mesías, el Hijo de Dios.

Por eso, María les dice: "Haced lo que Él os diga". Miren a Cristo, vayan a Cristo, oigan a Cristo, hagan lo que les dice Cristo.

María se presenta ante los hombres como "portavoz de la voluntad del Hijo" - dice el Papa, indicando aquellas exigencias que deben cumplirse para que pueda manifestarse el poder salvífico del Mesías.

En Caná, merced a la intercesión de María y a la obediencia de los criados, Jesús da comienzo a su "Hora".

En Caná María aparece como la que cree en Jesús; su fe provoca la primera “Señal” de su Hijo, el primer milagro. Y al mismo tiempo contribuye a suscitar la fe de los discípulos. Dirá el Concilio Vaticano II: “Esta misión maternal de María hacia los hombres de ninguna manera oscurece ni disminuye esta única mediación a Cristo, sino más bien muestra su eficacia... Esta función maternal brota, según el beneplácito de Dios “de la superabundancia de los méritos de Cristo...”(60).

Por tanto, la mediación de María está orientada plenamente hacia Cristo y encaminada a la redención de su poder salvífico. Es una mediación maternal; la de Cristo es la única mediación salvífica.

¡Qué hermoso experimentar en nuestra vida la continua mediación materna de María, pues ella nos lleva al único mediador que nos salva: Cristo!

AL PIE DE LA CRUZ

“Junto a la Cruz de Jesús estaba su Madre”.

Vamos también nosotros al Calvario a acompañar a María en la agonía y muerte de Jesús, su Hijo y nuestro hermano mayor. Esta escena es la culminación de la de Caná.

La “Hora” fijada por el Padre llega a su momento clave. En el Calvario se realiza y se despliega todo el sentido de la venida de Jesús al mundo. Allí se consuma la nueva y definitiva Alianza. Es la “Hora” de la máxima revelación del amor del Padre a los hombres, la expresión culminante del amor de Cristo a los suyos, la plena entrega de amor de Jesús al Padre y el momento de la derrota del poder de Satanás.

En este momento cumbre está María. Su presencia no es casual, ni solamente un testimonio de su sentimiento maternal, sino que posee una profunda significación teológica.

Está allí como la mujer, aquella de cuyo linaje saldría el vencedor del demonio. Por eso Jesús agonizante la llama con ese nombre “Mujer”. Está acompañando a su Hijo en la redención del mundo.

¿Qué rasgos añade san Juan sobre María?

Por una parte reafirma el rasgo que ya san Lucas nos comentó en el momento de la presentación del Niño en el templo: Virgen oferente. María en la cruz sigue siendo esa “Virgen oferente”, la que se había entregado por entero en el momento gozoso de la Anunciación y en la presentación en el templo, también ahora, en momentos dolorosos vuelve a testimoniar su amor entregándose a sí misma. La espada que le atraviesa el corazón no es resistida. Entrega lo más querido: su propio Hijo, y con Él se inmola Ella como víctima de amor. Ella misma ofrece al Padre el sacrificio de Jesús. Es la hora de la autenticidad del amor.

La expresión “Stabat” (estaba en pie) denota vigorosamente la actitud de María en un estar en pie, sin claudicación ni desmayo. María está junto a la cruz, herida profundamente en su corazón de madre, pero erguida y fuerte en su entrega. Es la primera y más perfecta seguidora del Señor porque, con mayor intensidad que nadie, toma sobre sí la carga de la cruz y la lleva con amor íntegro; ella con su propio dolor completa lo que falta a la pasión de Cristo (cf. Col. 1, 24).

Es la hora de la fidelidad, de la ratificación solemne de su primer “Sí”. Por eso María en la cruz es también además de la Virgen oferente, la Virgen fiel, pues la fidelidad se demuestra y se acrisola en los momentos de prueba y de dolor. La Virgen fiel a su “Sí”. Decir “Sí” en los momentos de gozo y exaltación es fácil. Pero seguir diciendo “Sí” en momentos de dolor es señal de fidelidad.

Hay más profundidad teológica en este texto de San Juan.

La maternidad universal de María comenzada en Caná, ahora ya Jesús la consagra con sus palabras: “Mujer, ahí tienes a tu Hijo”. María en la Cruz viene convertida en Madre de la humanidad, Madre de la Iglesia, simbolizada y representada por Juan.

Del costado abierto de Cristo está naciendo la Iglesia y necesita una Madre. ¿Quién mejor que María?

Si María es la madre de Jesús, cabeza de la Iglesia... ¿cómo va a quedar sin madre el cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia?

María madre de Cristo Cabeza y de la Iglesia, cuerpo de Cristo.

¿Quedaría sin aliento, sin alimento, sin consuelo el Cuerpo místico de Cristo?

Es en la Cruz donde María queda convertida en madre de la humanidad, madre de la Iglesia. El amor crucificado de María se vuelve amor fecundo la semilla debe morir para producir fruto abundante. Jesús no se ofrece por sí mismo, sino por nosotros. María no sufre por sí misma, lo hace por nosotros. No se repliega sobre su dolor, lo abre a sus hermanos, representados en

ese momentos por el discípulo Juan.

“Mujer, ahí tienes a tu Hijo”. Detrás de ese hijo estábamos todos los redimidos... la nueva vida que nació en el Calvario necesitaba del cuidado y del cariño de una madre. Y esa madre es María.

Jesús como que ensanchó el regazo de María para que pudiera abrazar y acoger a todos los hombres. Y desde ese día María nos ha cuidado, y no quiere perder a ninguno de los hijos que Jesús le confió.

Pero también es deber nuestro atender a esta Madre María, llevarla a nuestra casa, es decir, dejarnos amar por ella, contemplarla e imitarla.

María en la cruz es la Virgen oferente y al mismo tiempo la Madre Universal de los redimidos, es la madre de la incipiente Iglesia, fundada por Cristo.

¿Se podría decir que María en la Cruz es corredentora? Este es un hermoso título que la tradición ha ido dando a María, no sin tropiezos... Ahora se está considerando la oportunidad de declararlo dogma. Ciertamente su cooperación a la redención es indirecta y mediata, porque puso toda su vida voluntariamente al servicio del Redentor, primero con su “fiat” en el momento de la Eucaristía, y luego padeciendo e inmolándose con Él al pie de la cruz.